AV230_06_25_ENTREVISTAS:AV4_10_25_ENTREVISTAS 01/12/12 23:24 Página 8

Yayo Herrero

Antropóloga

«Es difícil acordar contratos sociales que protejan la vida con quienes han colocado el lucro personal por encima de todo.»

Es licenciada en antropología social y cultural, ha cursado estudios de postgrado en educación, medio ambiente y globalización y es experta en gestión medio ambiental en la empresa. Coordinadora del Área de Conocimiento en Red del Centro Complutense de Estudios e Información Medioambiental. (Fundación General de la Universidad Complutense de Madrid). Profesora tutora del curso de postgrado «Educación, medio ambiente y globalización» (Cátedra Unesco de Educación Ambiental, UNED). Co-coordinadora estatal de Ecologistas en Acción. Entre sus publicaciones están: *La crisis ecosocial en clave educativa*; *Cuidar: una práctica política anticapitalista y antipatriarcal. Decrecimientos - Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana*, (libro colectivo). Su perfil curricular sólo dibuja las líneas externas, los mimbres de un cesto vital con el que llevar con fuerza, claridad, firmeza y responsabilidad un corazón comprometido con la vida.

¿En qué aspectos ha avanzado más y en cuáles menos el movimiento ecologista en estos últimos años?

Se ha logrado llevar a la opinión pública la preocupación por algunos aspectos de la crisis ecológica y se ha influido para desarrollar, por ejemplo, legislación para proteger el medio ambiente. También se ha logrado «contaminar» a otros movimientos sociales que cada vez incorporan más la mirada ecologista en sus análisis y propuestas. El movimiento ecologista está hoy fuerte y cohesionado. Es un movimiento con una fuerte autoestima.

Sin embargo, a pesar de la mejora en la conciencia ambiental, el deterioro de los ecosistemas no se ha detenido. El metabolismo económico global del planeta continúa creciendo sin observar los límites biogeofísicos del planeta Tierra. Todavía no hemos conseguido que se perciba que es imposible mantener este modelo de producción, distribución y consumo, que por otro lado es enormemente injusto, sin que los actuales equilibrios de la naturaleza se alteren.

En ciertos países, la moda del ecologismo sería, para algunos, un lujo de los ricos que les quiere impedir el desarrollo económico y limitar la soberanía sobre sus recursos naturales: un nuevo movimiento social monotemático, propio de sociedades prósperas, que les quiere hacer vivir como mendigos sobre montañas de plata. ¿Cómo defender que su idea del desarrollismo es inviable, mientras el primer mundo, donde nacen muchos de los movimientos ecologistas, se harta de cosas superfluas, donde todos tienen coche particular y comen carne cuatro veces a la semana?

Defenderlo desde esa incoherencia es desde luego inviable, además de moralmente reprobable. No puede ser que pidamos aplicar el principio de suficiencia a quienes menos tienen mientras que las huellas ecológicas de los países enriquecidos continúan creciendo.

Desde el ecologismo político nunca se ha querido pedir que se limite la soberanía de los países de la periferia sobre sus propios recursos. Más bien la denuncia se centra en los intereses económicos y políticos de los países ricos, que usan el resto del planeta como gran mina y como vertedero. De hecho existe un amplio movimiento social en el sur que lucha contra el extractivismo y la explotación de la naturaleza. Estos movimientos se articulan en redes muy sólidas con el movimiento ecologista de los países del Norte.

«El metabolismo económico global del planeta continúa creciendo sin observar los límites biogeofísicos del planeta Tierra.»

Las sociedades o grupos sociales actúan sobre el ambiente según las representaciones que se hacen de sus relaciones con él. Estas representaciones favorecen las extracciones devastadoras o, por el contrario, ejercen un efecto limitador sobre ellas. ¿Cómo lograr el consenso con la diversidad de visiones y racionalidades que alberga la mente humana?, ¿cómo cambiar las gafas de una humanidad compleja para mirar el mundo?

Es un tema bien complicado. Por una parte, el pensamiento único y su percepción de la naturaleza como un gran almacén al servicio de una parte de la especie humana empapa casi todos los ámbitos sociales: medios de difusión, una buena parte de la tecnociencia, desde luego la economía convencional. El enorme desequilibrio de poder a la hora de plantear otras cosmovisiones que puedan cambiar la mirada hace difícil la transición. En mi opinión, la proliferación de movimientos emergentes, tanto de denuncia y lucha ante la doctrina del *shock* neoliberal, como de construcción de proyectos e iniciativas alternativas (de producción, consumo, comunicación, etc.) están propiciando la generación de esos debates y cambio de mirada. Está por ver si conseguimos construir esos consensos; ahí es donde estamos poniendo el esfuerzo, pero es evidente que hay muchos intereses privados a los que el futuro, la vida de otras personas y, aún más la de otras especies, les importan bastante poco. Es difícil acordar contratos sociales que protejan la vida con quienes han colocado el lucro personal por encima de todo. El consenso con quien aprueba desahucios, expulsa a poblaciones de sus territorios para hacer negocio o sólo ve tablones de madera en un bosque tropical es casi imposible.

Si, según se dice, hemos tomado mayor conciencia del problema ambiental ¿cuál es el principal obstáculo para que no actuemos en consecuencia? ¿Es la crisis económica la disculpa perfecta para relegar los problemas ambientales, o hay algo más profundo inserto en el alma del hombre moderno?

La crisis económica es la gran disculpa para destruir algunas de las conquistas de los últimos siglos, ya sea en materia de protección ambiental o en derechos laborales y sociales. A mi juicio, una parte esencial del problema es que se sigue sin asumir el conflicto básico entre un planeta Tierra con recursos limitados y finitos y un sistema socioeconómico que se basa en la expansión continua y que avanza impulsado por la dinámica de la acumulación.

AV230_06_25_ENTREVISTAS:AV4_10_25_ENTREVISTAS 01/12/12 23:24 Página 10

«Hay muchos intereses privados a los que el futuro, la vida de otras personas y, aún más las de otras especies, les importan bastante poco.»

Este problema se entrelaza con el hecho de que las sociedades occidentales son prácticamente las únicas que establecen una ruptura radical entre naturaleza y cultura; son las únicas que elevan una pared entre las personas y el resto del mundo vivo.

Hace unos años, un especialista en biología molecular estaba dispuesto a autorizar la introducción en Francia de un virus para luchar contra un insecto destructor; sólo gracias a la curiosidad imprevista de un entomólogo nos hemos escapado de eliminar las abejas, igualmente sensibles a este virus, lo cual había sido ocultado por el razonamiento puramente molecular. Dada la complejidad de la biosfera, ¿quién está legitimado para determinar lo bueno y lo malo de un cambio ambiental? ¿No necesitamos un enfoque en el que estén presentes todas las disciplinas incluidos, por supuesto, humanistas, filósofos, historiadores, poetas, junto a biólogos y geólogos?

La ciencia moderna se constituyó en el supuesto de que el pensador podía sustraerse del mundo y contemplarlo como algo independiente de sí mismo, siendo el conocimiento generado absolutamente objetivo y, supuestamente, neutral y universal. La revolución científica condujo a conceptualizar la naturaleza como una enorme máquina que podía ser estudiada en partes.

Hoy sabemos que este modelo diseccionador, que ha sido tan útil para las aplicaciones en la industria, ha resultado enormemente dañino para la vida sobre la Tierra. La lógica de las cosas muertas no sirve para entender el mundo vivo. La visión atomizada y dispersa de la realidad ignora la densa red de relaciones que conecta todo lo vivo y la emergencia de fenómenos que no tienen explicación, y ni siquiera son visibles, desde una mirada reduccionista. Reconstruir los vínculos y establecer una mirada compleja y transdisciplinar a lo que nos rodea es un requisito insoslayable para afrontar esta crisis.

Manada de 107 ballenas piloto varadas en la bahía Mason en la isla Stewart, Nueva Zelanda en febrero de 2011. A la izquierda, deforestación en el Amazonas.

¿Cuáles son las necesidades reales del ser humano, cuál es la diferencia con los satisfactores?

Podríamos decir que son necesarias aquellas cosas cuya carencia haría imposible una vida digna. Según Max Neef, las necesidades importantes son aquellas a las que todas las culturas o la mayor parte de ellas tienen que dar respuesta. Podríamos enumerar las necesidades de subsistencia, protección y seguridad, afecto, entendimiento, participación, entretenimiento, creación, identidad y pertenencia, libertad, vivir en un medio vivo, equidad y justicia.

Lo que varía de unas culturas a otras no son tanto las necesidades como las formas de resolverlas, es decir, los satisfactores. La protección y seguridad, por ejemplo, puede satisfacerse mediante un modelo convivencial que permita estar en el espacio público sin miedo, o mediante cámaras de vigilancia y seguridad privada. El resultado es muy diferente.

«La visión atomizada y dispersa de la realidad ignora la densa red de relaciones que conecta todo lo vivo y la emergencia de fenómenos que no tienen explicación, y ni siquiera son visibles, desde una mirada reduccionista.»

Dice que la mayor parte de las cosas importantes o imprescindibles van a menos. ¿Qué son esas cosas «importantes e imprescindibles»?

Son aquellos bienes y procesos que garantizan la satisfacción de necesidades. Por ejemplo, las pesquerías, el suelo fértil, el agua y aire limpio, la regulación del clima, los cielos estrellados, el tiempo para la vida, la equidad entre las personas, la vida comunitaria, la participación, la democracia...

¿Por qué necesitamos más filosofía que tecnología?

Porque creo que estamos ante un naufragio antropológico. Creo que necesitamos urgentemente que la filosofía nos ayude a repensar para conservar y restaurar lo más básico de la condición humana: la reciprocidad, el apoyo mutuo, el respeto a lo que nos permite mantenernos con vida, la capacidad de comprender el alcance de nuestros actos que posibilita que seamos seres morales y políticos...

¿Es cierto que hay elementos significativos en común entre la explotación de la naturaleza y la opresión de las mujeres? ¿Podría señalarlos?

La vida humana tiene dos dependencias materiales. Dependemos de la naturaleza porque somos parte de

AV230_06_25_ENTREVISTAS:AV4_10_25_ENTREVISTAS 01/12/12 23:25 Página 12

"Somos seres encarnados en cuerpos vulnerables que se enferman y envejecen y la supervivencia en soledad es sencillamente imposible."

la naturaleza. Pero además, somos seres profundamente interdependientes. Desde el nacimiento hasta la muerte las personas dependemos materialmente del tiempo que otras nos dedican. Somos seres encarnados en cuerpos vulnerables que enferman y envejecen y la supervivencia en soledad es sencillamente imposible.

Nuestro cuerpo es contingente y finito pero nuestra cultura vive de espaldas a este hecho y considera el cuerpo como una mercancía más. Y si no se asume la vulnerabilidad y la contingencia de la vida humana, mucho menos se reconocen aquellos trabajos que se ocupan de atender a los cuerpos vulnerables, realizados mayoritariamente por mujeres, no porque estén mejor dotadas genéticamente para hacerlos, sino por el rol que les impone el patriarcado en la división sexual del trabajo.

La economía no contempla estas dependencias esenciales de la vida humana e ignora los límites o constricciones que éstas imponen a las sociedades. Operan como si la economía flotase por encima de los cuerpos y los territorios sin depender de ellos y sin que sus límites le afecten. Desde un punto de vista ecofeminista podemos señalar que existe una honda contradicción entre la reproducción natural y social y el proceso de acumulación de capital.

La explotación del trabajo de las mujeres en el ámbito de los hogares y el deterioro de los ecosistemas son las dimensiones ocultas que permiten que el sistema capitalista se pueda reproducir.

Algunos sostienen que las mujeres están más cercanas a la naturaleza, que se identifican más con ella, a causa de su papel biológico en la reproducción de la especie; para otros eso se debería a que su papel en la división social del trabajo, sus trabajos especializados en el ámbito doméstico, hacen de ellas las agentes de la satisfacción de las necesidades de la vida, el aprovisionamiento de alimentos, de agua y de combustible. ¿Cuál es su visión?

Yo no creo que la mujer esté esencialmente más cerca de la naturaleza. Creo que es una construcción social y cultural. Hombres y mujeres estamos igualmente capacitados para construir sociedades compatibles con la naturaleza y para cuidar de la vida humana. El cuidado de la vida es responsabilidad de todas las personas y de la sociedad en su conjunto.

La esencialización de las mujeres como cuidadoras ha sido una de las estrategias del patriarcado para despreocuparse de algo fundamental como es la reproducción social. Esa naturalización, combinada con la criminalización y estigmatización de movimientos de corte emancipatorio para todas las personas como es el movimiento feminista, ha supuesto la invisibilización de la producción indispensable que se realiza en los hogares y su asignación obligada y en exclusiva casi siempre a las mujeres.

No basta con que el cuidado se reconozca como algo importante si no se trastoca profundamente el modelo de división sexual del trabajo. Es preciso romper el mito de que las mujeres son felices cuidando. Cuidar, muchas veces es muy duro y se hace porque no se puede dejar de hacer.

"La crisis económica es la gran disculpa para destruir algunas de las conquistas de los últimos siglos, ya sea en materia de protección ambiental o en derechos laborales y sociales."

¿Cuáles son las diferencias entre la economía de mercado y la economía de los cuidados?

La economía del cuidado pretende el mantenimiento de los procesos vitales y contribuye a la resolución de las necesidades humanas, mientras que la economía de mercado busca la concentración de poder y el beneficio, desvinculados de criterios éticos. A esta segunda le preocupa poco si por el camino se resuelven o no las necesidades de las personas.

Los objetivos de ambas lógicas y las estrategias para lograrlos son muchas veces difícilmente conciliables porque obedecen a prioridades muy diferentes. En función de estas prioridades, categorías económicas actuales como la productividad o el trabajo son muy diferentes si se miran desde el prisma de una economía que ponga la vida en el centro.

En estos momentos en los que son los hogares los que cargan con las consecuencias de los recortes sociales, muchas mujeres están cargando con un peso injusto e impuesto.

¿Cuál es lo mejor de ambos mundos, del masculino y del femenino?

El mejor mundo será el que rompa falsas dicotomías y reconstruya los vínculos. Mujeres, hombres o cualquier otro tipo de identidad sexual son ante todo personas, parte de la naturaleza e interdependientes. El mejor de los mundos será el que construyamos basado en la sostenibilidad, la justicia, y una equidad que respete la diversidad.

Cuando se dice que las personas más ricas deben ser obligadas a disminuir de forma importante su consumo material, ¿no corremos el peligro de caer en un ecofascismo, en un imperialismo conservacionista? ¿Qué significa decrecimiento justo?

Reducir la esfera material de la economía no es una opción. Los propios límites del planeta (agotamiento

AV230_06_25_ENTREVISTAS:AV4_10_25_ENTREVISTAS 01/12/12 23:25 Página 14

Barrios en Caracas, Venezuela.

"Nuestra sociedad protege el derecho a la propiedad como única dimensión de la libertad, pero si el acaparar impide que otras personas puedan vivir, en mi opinión esa libertad no debe ser protegida colectivamente."

de recursos no renovables, saturación de sumideros, disminución de los suelos fértiles, alteración de los ciclos y las dinámicas de regulación, etc.) van a obligar a ello. La reacomodación a una esfera material más pequeña puede hacerse mediante criterios ecofascistas, es decir, una parte cada vez más pequeña despilfarra y sobreconsume energía, suelo, agua pesca o materiales, mientras que la cantidad de «excluidos ambientales» es cada vez mayor.

El decrecimiento justo hace referencia a un proceso planificado de reorganización social que construya economías y sociedades compatibles con la naturaleza y redistribuya y reparta de forma equitativa lo que es posible tener.

Nuestra sociedad protege el derecho a la propiedad como única dimensión de la libertad, pero si el acaparar impide que otras personas puedan vivir, en mi opinión esa libertad no debe ser protegida colectivamente.

¿Hay esperanza?

No hay más que ver cómo están creciendo los movimientos que se rebelan contra un sistema que ha declarado la guerra a la vida, movimientos que construyen en las ciudades, en el campo o en internet iniciativas y proyectos que crecen a contracorriente.

Los seres humanos hemos evolucionado gracias a la cooperación y el apoyo mutuo. Sólo conseguiremos fuerza para darle la vuelta a esta locura a partir de la construcción colectiva, de la búsqueda incansable de acuerdos y del cuidado a lo único que tenemos para dar la batalla: nuestros compañeros y compañeras.

Entrevista realizada por Beatriz Calvo Villoria.